

Nacha Guevara cambió de piel para su nueva presentación en México

No es el éxito lo que le falta al último espectáculo de Nacha Guevara. Ayer, en el Teatro de la Ciudad, sonaron los aplausos y los bravos del público para festejar el estreno 1981 de la gran diva argentina. Sin embargo, sus más tempranos y sinceros admiradores salimos de la función con el corazón algo descompuesto. Esta vez no por la emoción de haberla visto sino por la pena de haberla perdido, casi por completo.

Nada tienen que ver la lentejuelas en esto. Aunque sí el payasito. Charlot se vistió de *show girl* y en el camino de tamaño transformación se esfumó el sentido del personaje. Se perdió un cómico. Se ganó una estrella.

De *Siempre en Domingo*. Porque la actual producción de la Guevara es de Televisa, vía el hijo de Raúl Velasco. Se llenó, pues, de trastos el foro. En cierta medida, comenzó el show de siempre pero ahora en el tono, en el ritmo, en la frecuencia de canal dos, que presenta a la única artista latinoamericana que ha triunfado en Broadway, Harold Prince de por medio: la glamorosa, la sensacional, la versátil Nacha Guevara. Con Alberto Favero y su magnífica orquesta de músicos mexicanos en el foso del Teatro de la Ciudad de México.

Hasta donde recuerdo, Nacha comenzó su carrera con el único apoyo del piano de su marido. Me refiero a lo ajeno. En cuanto a ella, le sobraba el talento.

Eso que en el medio se conoce como el temperamento de una gente fuera de serie. La sutileza, el humor como prueba de que el mundo está sellado por la solemnidad de los imbéciles. El personaje de Nacha propiciaba la subversión del débil; la risa, la burla, el dolor del mismo. Nacha fue una piedra de toque para los cómicos, para los artistas de este continente. Siempre fue una diva. Hoy - me cuesta decirlo - sólo es eso.

Pruebas: la admiración de un público que hay que verlo. Lo más bonito de la gente fea que llena de sudor los pasillos del metro. La gente bien. Testigos de cargo: las rodillas de la estrella del espectáculo. Únicamente un astro cargado de seguridad en sí mismo puede ignorar la sentencia de Ziegfeld, el dios padre de las coristas de Broadway: "Para ser una nena de las candilejas se puede ser coja, pero nunca tener las rodillas saltadas de las piernas".

Desde la pícaro castidad de su primer personaje, la Guevara fue una mujer tremendamente provocativa en el sentido social, artístico y sexual de la palabra. Desde el payasito que usa actualmente es una figura más en la línea del coro. Nunca una mujer fea, mucho menos insignificante. Simplemente una curva mal dada en la ruta hacia Hollywood.

No es cierto que Nacha hable hoy del amor, la locura y la muerte. Una calavera en el foro carece de significado cuando no es más que un recurso escenográfico. Sin trampas de por medio, hubo un día en el que la Guevara nos hizo sentir, con sus gestos, el ¡crack! de perder la vida en manos de los generales de no sé cuántas estrellas. Pero la televisión no mata, nada más ataranta. A sus estrellas las llena de ese gran fracaso que es el éxito. ¿Para qué, para quién triunfan? Si la respuesta es: para saciar el amor propio. Entonces Nacha llenó el vaso, hasta el borde.

En principio, Favero estaba programado para ocupar con su mujer el espacio vital del foro. Entiendo que sacrificó esta presencia para dirigir de cerca a su orquesta. Se fue al foso. Desde ahí, el sonidista le echó a perder la primera parte del espectáculo. Como si protegiera a Nacha del fantasma musical de su marido, dejó a la orquesta sin volumen. No se escucharon bien los primeros arreglos, instrumentados con la complejidad y riqueza tonal a la que nos tiene acostumbrados Favero. Cuando el responsable de la acústica mejoró el volumen de los instrumentos, se escuchó en todo su esplendor el talento original de Alberto. Su fuerza, su vigor, su aliento. Y la calidad de los músicos que lo acompañaron.

Nacha en esta parte estuvo inmensa. ¿Por qué tiene el show que seguir? de Coward, *Cuando no hay más que amor*, de Jaques Bret, *¿Qué es el hombre?*, de Drummond y Favero, *Tierra-Luna*, de Benedetti y Alberto. He ahí a la *show woman*. En el tono y la actitud justa. Sin engañar a nadie. Mejor dicho, atrapando a todos en el abierto engaño que es el teatro.

Sólo un reclamo más: en el programa de mano se le creditó hasta al peluquero y se ignora el nombre de los músicos que hacen posible la calidad sonora del espectáculo. En esa orquesta están algunos de los mejores jazzistas mexicanos. Pero a nadie le importa (Fernando de Ita).